

mar, sino una flor a la cual mis ojos solicitarían cada día ir a contemplar, pero una flor pensante, y en el espíritu de la cual yo desearía, tan puerilmente, tener un gran sitio

Amores cristalizados por el imposible en que los rostros de las mujeres queridas eran extraños y lejanos, separados por la sombra gris del ensueño en la que flotaban los mil otros rostros que ponía y descomponía sobre el verdadero. Algo suyo, muy suyo, enteramente suyo. Así vivió inclinado sobre su corazón viéndoles nacer, crecer y morir al margen de la vida.—MARTAVERGARA.

<https://doi.org/10.29393/At53-10DEMU10010>

El dolor de escribir

ALGUIEN me ha hecho una pregunta que parece una pirueta irónica: ¿Debe vivir el escritor de su pluma? Nadie tiene la veleidad de preguntar si el labrador debe vivir del producto de su siembra, o el industrial del rendimiento de sus fábricas. Y todo indica que se llevaría en automóvil al manicomio a quien, para seguir cultivando esas actividades, se dedicase a trabajar en otros oficios. Sin embargo, cuando se trata del escritor, falla la lógica. Hasta parece justo que, siendo el pensamiento la función más alta dentro de las sociedades, resulte la menos retribuida. Para tener el honor de escribir, es decir, de ser negado, pospuesto, calumniado, el intelectual debe postular empleos y mantenerse a flote con ayuda de otras actividades, porque es cosa convenida y resuelta que su oficio es un honor y los honores no se pagan.

Así conservó Huysmans un empleo en un Ministerio. Anatole France fué bibliotecario del Senado. León Frapie es maestro de escuela. Balzac disfrutó de una canonjía en un Banco. Víctor Hugo cobró una pensión. Lamartine se refugió en la diplomacia. Vigny fué oficial del ejército. Zola, dependiente de librería. Dumas, secretario del Duque de Orleans. Stendhal, vice cónsul. Loti, oficial de marina...

Con excepciones raras, el talento sólo sirvió para enriquecer a los editores. Y el escritor sólo prosperó buscando otros puntos de apoyo o evolucionando hacia el periodismo o la política. En cualquier oficio se gana más.

De ahí ha nacido la idea de que los que se dedican a arder durante una vida en el infierno de la literatura, han de procurarse el combustible necesario mediante una labor en otras de la actividad humana.

El único remedio a este estado de cosas consistiría en industrializar la literatura, entendiendo por industrializar, escribir lo que se pide, pensar lo que conviene, olvidar la personalidad. Si no queremos ser zapateros como Timón, fabricantes de anteojos como Spinoza, o albañiles como Sedaine, hay que decidirse a vender lo que se consume, dentro de la ley comercial de la oferta y la demanda. Pero entrar por esa senda es salir de la literatura. Y hay un soplo desconocido que empuja al escritor a perseguir en cielos que acaso no han de brillar nunca, una imposible estrella ideal.

Esta penuria endémica es la negación de la leyenda de prodigalidad de los artistas. ¿Cómo han de ser dadivosos los que en la mayor parte de los casos carecen de lo indispensable o llevan una vida modestísima? Cuando Rubén Darío vegetaba en París con los 500 francos mensuales que le pagaban por sus crónicas, decía a veces, maravillado, a sus amigos:

—Cuentan que arrojé el dinero por las ventanas.

En cambio el Sr. Medina, que era por entonces Ministro de Nicaragua, gastaba cincuenta mil francos mensuales y todos le tenían por el hombre más sensato y ordenado de la tierra. Contradicción que puede sintetizarse en una paradoja: al agente de Policía le pagan aunque pase muchos meses sin detener a un ladrón; el militar cobra aunque transcurran muchos años sin que estalle una guerra; pero si el escritor deja de escribir sus artículos, aunque sea por falta de asuntos, no ocurre la misma cosa; y cuando los escribe y los cobra, le acusan de ser interesado y de malgastar el dinero.

En este orden de ideas, todo traduce la mentalidad que hizo célebre a cierto coleccionista con motivo de un proceso contra la pintora Rosa Bonheur. Había contratado este «amateur» un cuadro que debía ser entregado a fin de 1902, y como la pintora, que vivía en la Côte d'Azur, no terminaba la obra, recurrió a los tribunales. Fué lo que provocó la conocida respuesta: «Usted no sabe una palabra de pintura Sr. X.; además, yo sólo pinto cuando me da la gana.»

Es esta libertad lo que parecen querer salvaguardar los que sostienen que el escritor debe tener otro oficio. Poco importa, epilogan, el tiempo que pierde al dedicarse a tareas ajenas a su obra, y menos aún los perjuicios que ocasiona al asumir funciones que no son de su competencia. El Estado y los par-

ticulares, si son víctimas, serán víctimas del prejuicio que les induce a subvencionar, dentro de la misma persona, al mal empleado y no al buen escritor.

Así va la silueta del viejo judío errante de la literatura. Victorioso o vencido, su arte, que es oficio, o su oficio, que es arte, no ha tenido nunca ubicación exacta dentro de la vida universal; y en el fracaso como en el éxito, en las nuevas épocas como en las antiguas, mantiene la inmutabilidad de un destino que es quizá el signo de su esencia superior.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Los payanos

SE conocen con el nombre de *payanos* a los indígenas que habitan la parte más austral de la Isla Grande de Chiloé: desde Queilen hasta San Pedro e islas adyacentes. El nombre *payano* tiene sus semejantes en América; los *payas*, los *coyas* y los *mayas*. La palabra *payano* tiene terminación española (en o) y tal vez debió ser *payan*, como *yahagan*.

Los payanos son corpulentos. Medidos 38 individuos, obtuvimos una estatura media de 1,68 ms. El cuerpo es delgado pero no enclenque. Dan la impresión de ser hombres diariamente entrenados. Las extremidades son desarrolladas y proporcionadas al conjunto. Los dedos de las manos, alargados. Los pies anchos y largos por andar siempre descalzos. El pulgar inclinado hacia adentro. La piel es bronceada.

Se cubren con tejidos de lana de oveja. Estos tejidos, hechos por las mujeres con suma habilidad y cuidado, los llaman *carro* (obra de abrigo). Tiñen sus telas con ciertos vegetales, como la «barba de palo» (1). Para el color negro usan un barro especial llamado «robu».

Su alimentación primitiva debió ser netamente costera. Hoy día comen toda clase de alimentos, privando los productos marinos: mariscos, pescado, etc. Sienten una marcada predi-

(1) Planta parásita de color amarillento, que crece en el tronco de algunos árboles, como el roble, manzano, etc.